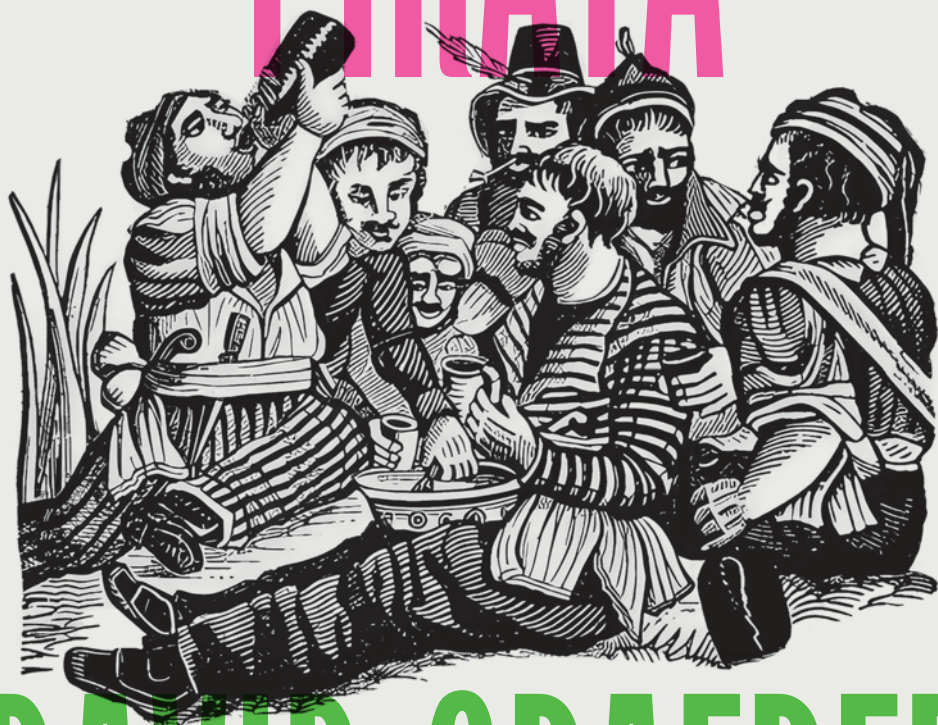


BUCANEROS, ALEGRES LEYENDAS  
Y DEMOCRACIA RADICAL

# ILUSTRACIÓN PIRATA



DAVID GRAEBER

*Ariel*

David Graeber

# Ilustración pirata

Bucaneros, alegres leyendas  
y democracia radical

Traducción de Joan Andreano Weyland

*Ariel*

Título original: *Pirate enlightenment, or the real libertalia*

Primera edición: marzo de 2024

© David Graeber, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio

© Joan Andreano Weyland, por la traducción, 2024

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3746-3

Depósito legal: B. 3.234-2024

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# Índice

|  |     |
|--|-----|
| <i>Prefacio</i> .....  | 9   |
| PARTE I  |     |
| Piratas y falsos reyes del noreste malgache .....                                | 33  |
| PARTE II   |     |
| El advenimiento de los piratas desde el punto de vista<br>de los malgaches ..... | 73  |
| PARTE III  |     |
| La Ilustración de los piratas .....  | 117 |
| Conclusiones .....   | 169 |
| <i>Apéndice: Línea temporal de los piratas y la Ilustración</i> .....            | 179 |
| <i>Notas</i> .....   | 185 |
| <i>Bibliografía</i> .....  | 193 |

PARTE I

PIRATAS Y FALSOS REYES DEL NORESTE  
MALGACHE

Es muy difícil ser objetivos acerca de los piratas. La mayor parte de los historiadores ni siquiera lo intenta. La literatura sobre la piratería del siglo xvii se divide mayormente entre celebraciones románticas en la literatura popular y discusiones eruditas sobre si es mejor ver a los piratas como protorrevolucionarios o como simples asesinos, violadores y ladrones.<sup>1</sup> En realidad, no es mi intención meterme en estos charcos. Y, en cualquier caso, había toda clase de piratas. Algunos de los hombres a los que se recuerda como capitanes piratas en realidad fueron caballeros filibusteros, corsarios, representantes, oficiales o no, de uno u otro régimen europeo; otros pueden muy bien haber sido criminales nihilistas, pero muchos de ellos crearon, si bien brevemente, una suerte de cultura y civilización rebelde que, aunque seguramente brutal en muchos aspectos, desarrolló su propio código moral y sus propias instituciones democráticas. Quizá lo mejor que puede decirse de ellos es que, de acuerdo con las normas de la época, su brutalidad no era inusual, pero sus usos democráticos prácticamente no tenían precedente.

También es este último grupo —la clase de piratas más apreciada por los historiadores radicales— el que

parece estar más relacionado con lo que ocurrió en Madagascar en los siglos xvii y xviii.

Por lo tanto, conviene aportar algo de contexto.

Algunos de los primeros barcos piratas fueron corsarios que se volvieron deshonestos, pero lo habitual fue que las tripulaciones piratas se generasen a través de motines. En los barcos europeos del siglo xvi la disciplina solía ser arbitraria y brutal, de manera que a menudo las tripulaciones tenían buenos motivos para rebelarse. Una tripulación amotinada sabía que había firmado su pena de muerte. Hacerse pirata significaba aceptar este destino. Una tripulación amotinada declaraba la guerra «contra todo el mundo» e izaba la Jolly Roger, la bandera pirata. Esta, de la que existían muchas variantes, es reveladora. Normalmente se suponía que mostraba una imagen del diablo, pero a menudo no solo mostraba un cráneo y dos huesos, o un esqueleto, sino también un reloj de arena, lo cual significaba no tanto una amenaza («vais a morir») como una simple declaración de desafío («vamos a morir, solo es cuestión de tiempo»), conclusión a la que probablemente llegaban las tripulaciones al descubrir esa bandera en el horizonte, lo cual resultaba mucho más terrorífico. Enarbolar la bandera pirata era la forma en que la tripulación anunciaba que aceptaba ir rumbo al infierno.

Quizá merezca la pena hacer una pausa para pensar en cuán seriamente se tomaba este tipo de desafío —no solo a la ley, sino a Dios— en el mundo del Atlántico norte del siglo xvii. Aceptar al diablo no era asunto trivial. Según las normas náuticas de aquella época el latrocinio, la violencia y la crueldad eran moneda corriente, pero la blasfemia y el rechazo de la religión ya eran otra cosa. Así como se sabe que el lenguaje de los marineros era, y sigue siendo, colorido, entre los piratas muchas veces pasaba a ser una verdadera ideología. El infierno los llamaba

constantemente, o al menos esto era lo que los observadores de fuera acentuaban siempre. La historia de Clement Downing de un pirata llamado John Plantain comienza así:

John Plantain nació en Chocolate Hole, en la isla de Jamaica, de padres ingleses que se cuidaron de darle la mejor educación que tenían ellos mismos, que era maldecir, jurar y blasfemar, tan pronto como comenzó a hablar.<sup>2</sup>

El propio autor, marinero él mismo, recuerda su horror al presenciar cómo los pobladores de la isla saludaban a la tripulación de Plantain, que había salido en una excursión contra la piratería, con gritos entusiastas: «¡Que Dios te maldiga, John! ¡Nos te amamos!». Los aldeanos habían aprendido inglés oyendo a los piratas.<sup>3</sup>

Años más tarde Plantain se estableció temporalmente en Madagascar, donde se lo conoció como «el rey de la bahía de Ranter». Este título siempre ha intrigado a los eruditos. Bahía de Ranter (Ranter Bay) parece ser una traducción al inglés del malgache *rantabe* o ‘playa grande’, pero nos es difícil imaginar que no sea también una referencia a los *ranters* (los que protestan), un movimiento antinomista de la clase obrera radical que dos generaciones antes había propugnado abiertamente la abolición de la propiedad privada y de la moralidad sexual de entonces (las leyes contra la blasfemia ya estaban demasiado introducidas en Inglaterra como para suprimirlas). Si bien no hay pruebas históricas de que las ideas de los *ranters* hayan influido directamente sobre los bucaneros,\*

\* En un ensayo titulado «Radical Pirates?», Christopher Hill (*People and Ideas in Seventeenth-Century England*) sugiere que los antinomistas, incluyendo cuáqueros radicales y *ranters*, que buscaron refu-



esto nos da cierta idea del tipo de asociaciones que evocaban en las mentes de sus contemporáneos. Estos eran hombres (los piratas del océano Índico eran casi exclusivamente varones) que vivían en una suerte de espacio mortal, que eran considerados por los ciudadanos que acataban las leyes como candidatos al infierno, si no enemigos, y que se entregaban con perversa dedicación a su propia demonización.

### Los piratas vienen a Madagascar

Los bucaneros de lo que se ha llegado a conocer como la Edad de Oro de la Piratería se originaron en el Atlántico y sus presas eran las naves del Nuevo Mundo: los últimos restos de las flotas españolas cargadas de tesoros y la nueva riqueza que provenía de las plantaciones de las Indias Occidentales. Poco a poco, muchos descubrieron que, en el océano Índico, los veleros mercantes europeos y asiáticos, cargados con especias, seda y metales preciosos, constituían presas mucho más ricas. En el mar Rojo había objetivos tentadores entre los musulmanes de la India y de más allá que peregrinaban a La Meca. Madagascar era la base ideal para tales ataques, por estar en una especie de zona legalmente gris: la isla no estaba incluida dentro del ámbito de la Real Compañía Africana británica, que era la que organizaba el tráfico de esclavos por el Atlántico, pero también caía fuera de la jurisdicción de la Compañía de las Indias Orientales. Así como en la costa oeste existían poderosos reinos, y hasta cierto punto también en el sur, el noreste estaba abierto de par en par y ofrecía

---

gio en Jamaica y otras colonias del Caribe, pueden haber influido en los piratas y hasta haberse transformado ellos mismos en piratas, pero esto solo es especulación.

muchos puertos naturales: los que más tarde iban a ser las ciudades portuarias de Fenerive, Tamatave, Foulpointe y Sainte-Marie.

En realidad, Sainte-Marie es el nombre que los comerciantes europeos dan a una isla que está situada exactamente al sur de la bahía de Antongil, que fue un punto común de llegada de exploradores y saqueadores desde, como mínimo, los años cincuenta del siglo XVII. Los malgaches la denominan Nosy Boraha. La isla es importante porque tiene un inmenso suministro de agua y un puerto natural bien protegido que después de 1691 pasó a ser una famosa base pirata, con fortaleza y un centro de aparejamiento, y con una pequeña población cuyos habitantes solían fluctuar, según la temporada, entre algunas docenas y bastante más de mil filibusteros, tanto activos como retirados, fugitivos y tráfugas de algún tipo, junto con sus esposas malgaches, aliados, mercaderes y aprovechados.

El fundador del pueblo de Sainte-Marie fue un hombre llamado Adam Baldrige, un antiguo pirata reclamado por asesinato en Jamaica, que se forjó una posición como agente comercial de un mercader neoyorquino de mucho éxito, pero célebre por sus pocos escrúpulos, de nombre Samuel Philipse. Philipse ya conocía la zona: se había dedicado a fletar barcos para que comprasen esclavos en la isla a finales de 1680, y esto le permitió fingir que se hallaba estableciendo una base para comercio «legítimo» (esclavos), cuando en realidad la base servía mayormente para aprovisionar a los bucaneros y comprarles el botín. Durante algún tiempo esto dio lugar a un vigoroso comercio entre Sainte-Marie y Nueva York. Los barcos que hacían la «vuelta pirata» entre el Caribe y el océano Índico paraban invariablemente en Sainte-Marie para carenar y reabastecerse de comida y armas, y luego, si tenían suerte,

volvían para vender su botín. Los tripulantes que querían tomarse un descanso en su vagabundeo marítimo o que intentaban volver a su tierra de incógnito paraban aquí, y algunos de ellos se quedaban para siempre.

Baldrige era el amo del fuerte y en ocasiones le gustaba referirse a sí mismo como «el rey de los piratas», pero no hay pruebas de que nadie más lo llamase así, ni de que al tratar con otros bucaneros fuese el más importante entre sus iguales. La ciudad no parece haber tenido un gobierno estable, ni siquiera población: esto es porque para la mayoría no era más que un lugar de descanso temporal, y los que intentaban quedarse más tiempo terminaban muriendo a corto plazo por enfermedades tropicales, exacerbadas por el alcohol y otros excesos; los que sobrevivían, finalmente, solían establecerse en tierra firme. Con el tiempo, la cantidad de piratas retirados llegó a ser de varios miles y la costa noreste quedó sembrada de pequeños asentamientos de piratas.

### El problema del botín

Es imposible comprender la importancia de Sainte-Marie a menos que se tome en consideración que los piratas que operaban en el mar Rojo a menudo se encontraban en posesión de enormes cantidades de dinero, además de oro, joyas, sedas y percales, marfil, opio y otros productos exóticos, y tenían dificultades para deshacerse de estos productos. En la década de 1690 ya no podía uno entrar en una joyería de Londres con una gran bolsa llena de diamantes y obtener, digamos, cien mil libras en efectivo, como tampoco se puede hacer hoy. La posesión de sumas tan grandes por hombres de clases evidentemente modestas habría atraído de inmediato la atención de las autori-

dades. Cuanto mayor la suma, más problemas causaba. Las narraciones informan cada tanto que, después de lograr un botín, los integrantes de una tripulación se encontraban en posesión de un tesoro de 120.000 libras, y aunque calculasen con minucia a cuántos millones equivaldría esto hoy en día, a un pirata le resultaba prácticamente imposible traducir esas sumas en, por decir algo, una gran mansión en la costa de Cornualles o de Cape Cod. Quizá se podría dar con un funcionario corrupto o venal en las Indias Occidentales o en Reunión que estuviera dispuesto a ofrecer perdonarle la vida a un colono a cambio de la parte del león de su botín; de no ser así tendría que trazar planes elaborados, o conseguir falsas identidades para poder vender una parte del botín.

El caso de Henry Avery (alias Henry Every, alias Ben Bridgeman, alias Long Ben), que consiguió el que quizá sea el botín más grande de la historia, es muy instructivo. Avery había sido designado capitán de un barco corsario llamado *Charles* después de que su tripulación se amotinara en mayo de 1694.<sup>4</sup> De camino al océano Índico terminó uniéndose a una escuadra que atacó un convoy de barcos mogoles fuertemente armados que se dirigían a La Meca. Después de una persecución y una batalla encarnada acabaron por tomar dos (el *Ganj-i-Sawai* y el *Fateh Muhammed*) y hacerse con un botín estimado en 600.000 libras (según la reclamación que las cortes mogoles presentaron después ante las autoridades británicas). Según una versión popular de este episodio, Avery fue el primer tripulante que descubrió que las joyas que cubrían los muebles del barco no eran solamente vidrio cortado, y mientras sus hombres andaban recolectando oro y monedas, él se hizo con un formón y consiguió una bolsa llena de diamantes. Casi con toda seguridad esto es una leyenda: en la realidad los tesoros se dividían escrupulosamen-

te entre todos, pero lo que era un problema insoluble era deshacerse del botín. Aparentemente, con objetos de tanto valor, Baldrige no podía ayudarlos. El resultado fue que algunos hombres se fueron a Reunión, y el barco mismo se dirigió a Nassau, donde se rumoreaba que el gobernador era corrupto.

El problema fue que el botín era demasiado fantástico. Un Aurangzeb ultrajado, y que acusaba al gobierno británico de complicidad, encerró a los representantes de las Indias Orientales y amenazó con expulsarlos. En vista de esto el gobierno británico declaró a Avery «enemigo de toda la humanidad» y se anunció una caza internacional del hombre, la primera que se conoce. Algunos de los hombres de Avery se dispersaron por las colonias del norte de América, otros volvieron a Irlanda con nombres falsos; a unos pocos se los descubrió tratando de descargar sus bienes, y de estos, algunos denunciaron a sus compañeros. Finalmente se detuvo a veinticuatro y se colgó públicamente a seis en un intento de tranquilizar al gobierno mogol. Pero la suerte de Avery es un misterio. Nunca lo detuvieron. Algunos dijeron que años después murió donde se ocultaba. Otros insistían en que finalmente logró convertir su botín en dinero y se retiró a vivir confortablemente, quizá en algún lugar de los trópicos; otros opinaron que fue sistemáticamente trasquilado por los mercaderes de diamantes de Bristol, que sabían que un hombre buscado por la justicia no podía llevarlos a juicio hicieran lo que hicieran, y que murió muchos años después, pobre de solemnidad, en una chabola junto al mar, sin tener ni siquiera lo necesario para su propio ataúd.

Con todo, sería demasiado simplista llegar a la conclusión de que la notoriedad internacional de Avery era solo una carga. Las leyendas que muy pronto se tejieron

a su alrededor proporcionaron a numerosos piratas posteriores, y quizá al mismo Avery (porque en realidad no sabemos qué le sucedió) los medios para negociar de una manera más ventajosa con la estructura de poder existente: declarándose el representante de un reino pirata. Pronto comenzaron a correr rumores, en muchos casos claramente alentados por los mismos piratas de Sainte-Marie, de que Avery seguía en Madagascar, y que se había fugado con la hija del Gran Mogol porque ella se había enamorado del apuesto bucanero después de la toma del *Ganj-i-Sawai*, y que habían fundado un nuevo reino en Madagascar. Algunos decían que Avery gobernaba la isla junto con su princesa desde una fortaleza impenetrable, o que presidía un experimento democrático utópico según el cual todo era común y compartido (estas fueron las narraciones que originaron Libertalia). Antes de que pasara mucho tiempo, por las cortes de Europa fueron apareciendo enviados de este Estado pirata imaginario, que describían un reino nuevo y floreciente que dominaba el sudoeste del océano Índico, con miles de piratas y de confederados de todas las naciones, y una enorme flota marinera, que buscaba aliados. Llegaron a la corte británica en 1707 y a las cortes francesa y holandesa en 1712 y 1714, respectivamente. En estos casos no tuvieron mucho éxito, pero pocos años más tarde encontraron oídos más receptivos en Rusia, el Imperio otomano y Suecia. El gobierno sueco llegó a firmar tratados iniciales y se dispuso a enviar un embajador antes de descubrir la estratagema; Pedro el Grande consideró aliarse con los piratas para establecer una colonia rusa en Madagascar.<sup>5</sup>

Desde luego, no tenemos manera de saber si era verdad que estos «enviados» tenían relación con los piratas reales o si eran estafadores independientes. Pero las na-

rraciones causaron un impacto profundo en la imaginación de los europeos. Uno de los primeros escritores que abrazaron la causa del nuevo Estado pirata fue un joven Daniel Defoe, quien en 1707 publicó en su periódico *Review* una elaborada defensa del reino de Avery: muchas naciones antiguas, incluida Roma, se habían fundado de forma similar por bandidos de uno u otro tipo; si el gobierno británico no normalizaba relaciones con esa potencia apenas emergente, bien podía convertirse en refugio de criminales emprendedores de todo el globo y un peligro para el imperio. Muy poco después se reveló que todo el asunto era un bulo. Aun así, aparecieron obras de ficción muy populares: la primera fue un panfleto titulado *The Life and Adventures of Capt. John Avery, the Famous English Pirate, Now in Possession of Madagascar* [Vida y aventuras del capitán John Avery, el famoso pirata inglés, ahora propietario de Madagascar], de Adrian van Broeck. Diez años más tarde, el mismo Defoe intentó poner las cosas claras con *Avery, el pirata afortunado* (*The King of Pirates: Being an Account of the Famous Enterprises of Captain Avery, the Mock King of Madagascar, with His Rambles and Piracies Wherein All the Sham Accounts Formerly Publish'd of Him, are Detected*, o *El rey de los piratas: una narración de las famosas empresas del capitán Avery, el falso rey de Madagascar, con sus correrías y piraterías donde se revelan todas las narraciones embusteras sobre él*, 1719). La princesa mogol es eliminada del relato y el experimento utópico finalmente se va a pique.

Pocos años después, quizá escribiendo bajo el seudónimo de capitán Johnson, en *Historia general de los piratas* (*A General History of the Pyrates*, 1724), Defoe degrada más aún a Avery, al describirlo como un bandido inútil que se hace con un montón de diamantes pero muere en la miseria, cuya tripulación cae también en un estado misera-

ble y un caos hobbesiano en la tierra firme malgache, y transfiere la historia del experimento democrático utópico (etiquetado ahora como Libertalia) a un tal capitán Misson, totalmente imaginario.

### La verdadera economía de Sainte-Marie

La historia real de Sainte-Marie puede parecer prosaica en comparación, pero se trataba de un asentamiento pirata verdadero, y un sitio en el que los que cometían pillajes en el océano Índico encontraban fácilmente refugio y compatriotas y, al menos entre 1691 y 1699, podían deshacerse de parte de su botín a cambio de algunas comodidades hogareñas. Varias veces al año llegaban barcos mercantes de Nueva York, cargados no solo de cerveza, vino, licores, pólvora y armas, sino también de bienes esenciales como ropa de lana, espejos, vajillas, martillos, libros y agujas de coser. Regresaban cargados en parte con botines piratas, y también en parte con cautivos malgaches que eran vendidos como esclavos en Manhattan.

Irónicamente fue este último, el comercio realmente legal, «legítimo» de Sainte-Marie, el que casi lleva a la desaparición de los piratas.

El comercio de esclavos no era nada nuevo en Madagascar. Los mercaderes árabes se habían aprovechado de las guerras internas para conseguir cautivos ya en la Edad Media. Sin embargo, durante los primeros años de presencia europea en el océano Índico, los puertos de Madagascar se veían menos como sitios donde comprar esclavos que como puntos de parada para reabastecerse y para reacondicionar los barcos que iban y venían del cabo. Gradualmente la isla fue forjándose en Europa la fama de un paraíso exótico: se publicaron tratados que alababan las



virtudes de sus tierras y su clima, y los gobiernos tanto francés como británico financiaron intentos de establecer colonias: en Fort Dauphin al sureste (1643-1674) y en St. Augustine Bay en el suroeste (1644-1646), respectivamente. Ambas fracasaron. Tampoco tuvieron éxito los intentos holandeses de establecer puestos en la bahía de Antongil. En realidad, uno de los grandes misterios de este período fue el hecho de que, así como Madagascar tenía un largo historial de bienvenida e incorporación de mercaderes, colonos y refugiados de más allá de las regiones del océano Índico —no solo de África oriental, sino también del Golfo Pérsico, Sri Lanka, Sumatra y otros sitios— los colonos europeos eran casi totalmente incapaces de hacerse una posición.<sup>6</sup>

Hasta cierto punto esto se debía a que lo que hicieron los prospectivos colonos europeos fue comenzar a participar en el mercado de esclavos, lo cual significaba aliarse con los elementos más violentos y menos apreciados de la sociedad malgache: bandidos y aspirantes a príncipes guerreros. Pero esta no puede ser la única explicación, ya que muchos mercaderes árabes hicieron lo mismo y decididamente tuvieron más éxito. También fue porque los malgaches habían desarrollado una serie de normas sobre cómo debían comportarse los extranjeros, pero los europeos no les hacían caso o eran incapaces de acatarlas. A este respecto, en las costas occidental y oriental se impusieron tradiciones algo diferentes. En el oeste el comercio estaba dominado por mercaderes árabes y suajilis, denominados *antalaotra* ('gente del mar'), que constituyeron sus propias ciudades portuarias y estaban en constante contacto con las comunidades de su patria. Solían casarse entre ellos, pero establecieron estrechas alianzas con príncipes malgaches, a los que colmaron de magníficos objetos de lujo, así como armas, a cambio de productos tropicales y

esclavos. En la costa este la situación era totalmente diferente. Aquí la presencia extranjera parece haber estado constituida en gran medida por refugiados políticos y religiosos provenientes del otro lado del océano Índico; se casaban con nativos de la isla y se convirtieron en el centro de nuevas élites: a veces nuevas dinastías o aristocracias, a veces magos, sanadores e intelectuales, y otras veces todo ello.

Los colonos europeos de los siglos XVI y XVII no se adhirieron a ninguna de estas dos estrategias. Ni formaron enclaves independientes aliados con los potentados malgaches, ni deseaban realizar matrimonios mixtos y entrar de lleno en los juegos de los políticos aristocráticos. En el primer caso los comerciantes no estaban (especialmente al comienzo) en situación de cubrir a sus aliados malgaches de lujos orientales, puesto que no tenían acceso a lujos orientales con los que cubrirlos: seguían siendo mayormente intrusos en el antiguo mundo mercantil del océano Índico, y los productos de sus propios países no se consideraban aptos para los reyes. La única excepción eran las armas de fuego, pero estas solo reforzaron la idea de los malgaches de que los europeos eran poco más que salvajes violentos. Con el tiempo, al principio los holandeses y más tarde los franceses y los ingleses consiguieron suplantarse a los antalaotra como clientes de los reyes sakalava de Boina y Menabe, pero casi siempre por medio de meterse a la fuerza, gracias al poder superior de sus armas, en las redes comerciales existentes de sedas, porcelanas y otros artículos de lujo. En otras palabras, no se diferenciaban de los piratas y por cierto así era como los percibían casi todas las otras personas de la región, para quienes las distinciones entre piratas, esclavistas, colonialistas y «comerciantes legítimos» eran otros tantos legalismos exóticos que no tenían influencia real sobre cómo

los que aparecían en un barco europeo podían llegar a comportarse. El abate Rochon apunta el paso por la isla de naves europeas que, en más de una ocasión, se procuraban provisiones por la fuerza, asolándolos con vejaciones inesperadas, quemando sus aldeas, o aterrorizándolos con su artillería si no eran lo bastante rápidos en entregarles su ganado, aves o arroz. Ya se entiende por qué, después de actos tan violentos, el avistamiento de un barco europeo era para los isleños un presagio de terror y calamidad.<sup>7</sup>

Al mismo tiempo, el racismo europeo se aseguraba de que aquellos colonos que intentaron la segunda estrategia fueran incapaces de integrarse por completo en la sociedad malgache. En este sentido, la anécdota más reveladora se refiere al destino final de la colonia francesa de Fort Dauphin. En su mayor parte, los mandatarios habían sido lo bastante sensatos para casarse con miembros de familias importantes, y la mayor parte de los colonos —casi todos eran hombres— tenían esposas malgaches y, con el tiempo, familias. Esto, sin embargo, los llevó a intervenir en la política local, lo que desencadenó un comportamiento que incluso algunos observadores franceses describieron como «crueldades atroces».<sup>8</sup> No pasó mucho tiempo antes de que la población comenzara a agitarse con hostilidad y la única protección que tuvieron los colonos fue la de sus familiares malgaches. Sin embargo, en cuanto aparecieron mujeres francesas, los colonos abandonaron inmediatamente a esos parientes, con resultados desastrosos:

El final de la colonia se produjo en 1674, cuando un barco cargado de mujeres jóvenes y con destino a Bourbon (Reunión) naufragó en el puerto. Las mujeres convencieron al gobernador de que las casase con los colonos. Enton-

ces las esposas malgaches de los colonos traicionaron a estos ante las fuerzas malgaches, que masacraron a unos cien durante los festejos de las bodas. Los sobrevivientes se marcharon en un barco, después de inutilizar el cañón y quemar los comercios.<sup>9</sup>

En vista de esta desgraciada historia, decir que los piratas lo tuvieron mejor que los pobladores europeos previos a la hora de ganarse la aceptación de sus vecinos malgaches quizá no sea decir mucho. Pero también nos aclara que los piratas tenían ciertas ventajas reales sobre sus compatriotas. En primer lugar, ellos sí tuvieron acceso a objetos de lujo orientales para regalarlos a sus aliados locales, y muchas veces en grandes cantidades. En segundo lugar, al haber rechazado tan absolutamente el orden social y político de sus propios países, no tenían motivos para no integrarse por completo. No pasó mucho tiempo antes de que los observadores extranjeros comenzaran a informar de la visión de mujeres malgaches en el puerto de Sainte-Marie «llevando vestidos de las más hermosas telas indias bordados en oro y en plata y cadenas y brazaletes de oro, e incluso diamantes de valor considerable».<sup>10</sup> El mismo Baldrige se casó con una mujer local y al parecer tuvieron muchos hijos. Muchos piratas se afincaron y se volvieron, efectivamente, malgaches, o, para ser más precisos, adoptaron el papel tradicional de extranjeros medio malgaches, «extranjeros del lugar» podríamos llamarlos, capaces de mediar con comerciantes de otros países, conocidos en esta parte de la costa.

Pero el camino hacia esto no siempre careció de asperezas, y aquí es instructivo mencionar el destino del propio Baldrige. Como sus actuaciones en Sainte-Marie eran, por lo menos, semilegales —durante la mayor parte de la década de 1690 todavía no había leyes que prohibie-

ran el comercio con personas fuera de la ley—, él sufría algunas de las mismas presiones de su país que desencadenaron los peores comportamientos de los primeros comerciantes europeos. Según su propio relato posterior, estableció un fuerte en la isla y lo convirtió en refugio de los que huían de guerras endémicas menores, atacando y contraatacando, que era lo que caracterizaba la vida en la tierra firme; y luego, con la ayuda de los refugiados, organizó incursiones propias a fin de obtener prisioneros que intercambiar por sus familiares cautivos. En el proceso, naturalmente, algunos de esos cautivos eran vendidos a los barcos mercantes que llegaban con regularidad desde Manhattan. Pero parece que su cantidad nunca era suficiente para contentar a Philipse, que había vuelto a Nueva York. La correspondencia de Baldrige con su cliente, parte de la cual se conserva, está llena de quejas indignadas acerca de la escasa cantidad e inferior calidad de los esclavos que Baldrige conseguía enviarle.

A pesar del sinfín de insultos, al parecer terminaron en la ciudad grandes cantidades de esclavos malgaches. Para tener una idea de cuántos: en 1741, cuando las autoridades de Nueva York descubrieron lo que pensaban que era una red de células revolucionarias que planeaban un levantamiento en la ciudad, los encontraron organizados por lenguas; las más importantes estaban formadas por hablantes de idiomas de África occidental (fante, papa e igbo), hablantes de irlandés y hablantes de malgache.<sup>11</sup>

Phlipse aumentó la presión más aún al enterarse de las plantaciones de caña de azúcar que se estaban creando en Mauricio y en Reunión, lo que proporcionaba un mercado cercano y dispuesto. No está claro lo que Philipse tenía contra Baldrige, pero debe de haber sido algo serio porque en 1697 el antiguo pirata se vio compelido a un acto de pura traición y autodestrucción: atrajo con en-

gaños a varias docenas de aliados malgaches, «hombres, mujeres y niños» a un barco mercante y los hizo atravesar el Atlántico encadenados.\* Cuando esto se supo, se cree que los jefes de las estirpes locales decidieron que los piratas se habían aprovechado de la bienvenida que les depararon, y pocos meses más tarde se produjo un ataque combinado sobre Sainte-Marie y los asentamientos piratas en tierra firme. En Sainte-Marie destruyeron la fortaleza y una treintena de piratas fueron degollados, mientras unos pocos lograron escapar al mar. Los piratas parecen haberlo tenido mejor en la tierra firme y rechazaron a sus atacantes (que quizá solo intentaban enviar un mensaje): en algunos casos pueden haber recibido advertencias, y en al menos un caso —que puede haber sido la gran ciudad portuaria de Ambonavola, después llamada Foulpointe— porque sus aliados malgaches querían defenderlos.<sup>12</sup>

Baldrige tuvo suerte. Cuando se produjeron los ataques él estaba en alta mar, viajando hacia Mauricio, y nada más enterarse de lo ocurrido zarpó hacia América. Seis meses más tarde lo reemplazó otro agente comercial, Edward Walsh, y no pasó mucho tiempo antes de que comenzara a hablarse de una ciudad floreciente en la isla, llena de cientos de filibusteros. Pero nunca se reconstruyó la fortaleza. Se acabó el mercado de esclavos desde Sainte-Marie. Pero también se hizo más difícil vender los

\* «Baldrige fue el desencadenante de la insurrección de los nativos y de la muerte de los piratas, porque al haber metido a un gran número de nativos de St. Marie, hombres, mujeres y niños, en un barco, o barcos, y llevarlos y venderlos como esclavos a una isla francesa llamada Mascarine o Mascarón, de aquella traición de Baldrige se vengaron los nativos sajiéndoles las gargantas» (testimonio de William Kidd, 5 de mayo de 1699, en Jameson [ed.], *Privateering and Piracy in the Colonial Period*, p. 187).

botines: la mala fama internacional de Avery, y más tarde del capitán Kidd (que también sentó su base en Sainte-Marie), finalmente decidió a las autoridades de Londres y Nueva York a tomar cartas en el asunto con decisión. El aprovisionamiento de delincuentes pasó a ser ilegal, y despacharon una expedición punitiva simbólica (no consiguió encontrar ningún pirata). Para entonces la mayor parte de los piratas vivían en la tierra firme y parecía que sus relaciones con sus anfitriones malgaches habían cambiado.<sup>13</sup>

### La Libertalia real (I): Ambonavola

Así pues, en 1697, los colonos piratas casi sufrieron el mismo destino que todos los anteriores aspirantes a colonos europeos en la isla. Tan solo las buenas relaciones con sus vecinos malgaches les permitieron seguir con vida. El cambio de actitud hacia los esclavistas fue particularmente dramático. En vez de participar, los piratas que estaban a lo largo de la costa opuesta a Sainte-Marie terminaron por defender eficazmente esa costa contra el comercio, puesto que atacar o apoderarse subrepticamente de los barcos con esclavos —a menudo con la connivencia de las tripulaciones, que también se convirtieron en piratas— fue su forma principal de hacerse con nuevos barcos. Esto y el temor de más rebeliones parece haber sido la causa del profundo cambio en la actitud de los piratas acerca de los conflictos. Donde los hombres como Baldrige se crecían en la inquietud local (que producía cautivos), y tenían fama de provocarla, los piratas, según algunas fuentes del capitán Johnson, poco a poco se dieron cuenta de que sus intereses estarían mejor servidos haciendo lo opuesto.